

DOCUMENTO DE TRABAJO, JULIO 2021.

COVID-19 EN ÁFRICA: CONSECUENCIAS SOCIOPOLÍTICAS EN NIGERIA Y SENEGAL.



DOCUMENTO DE TRABAJO, I, JULIO 2021.

Covid-19 en África:

Consecuencias sociopolíticas en Nigeria y Senegal.

@Copyright Ubuntu Pachamama Strategic Think Tank.

28400 Collado Villalba, Madrid (España).

upsthinktank@gmail.com

<https://www.ubuntupachamamastrategicthinktank.com/>



Laico. Apolítico. Rigor. Científico. Juventud.

Somos un Think Tank formado por jóvenes y diferente al resto en cuanto a las orientaciones y nuestra visión. Pensamos sobre África, con él y desde él. Independiente, visión estratégica y un laboratorio donde se fabrican las ideas innovadoras que persiguen el cambio estructural. UPSTT es un proyecto sin ánimo de lucro que persigue como único fin la divulgación de los temas africanos en el mundo hispanohablante. Con el fin de poder de realizar una tarea coherente y guiándonos por los valores, hemos decidido ser una entidad independiente que no solicita una ayuda financiera a ninguna institución. Gracias por ser un fiel lector.

RESUMEN:	4
ABSTRACT:	4
Tensión sociopolítica y COVID-19: el caso de Nigeria	5
La SARS: origen y controversias	5
El inicio de las protestas contra la SARS	7
Otras fuerzas de seguridad y de defensa involucradas en vulneraciones de derechos humanos	7
La COVID-19 en Nigeria: medidas restrictivas y abusos policiales	8
Falta de rendición de cuentas	11
Las movilizaciones de octubre de 2020	11
COVID-19 en Senegal: ¿Primera victoria de África sobre el mundo desarrollado o drama para una década?	15
Covid-19 en Senegal: Medidas y tensiones sociales	21
África, derechos humanos y COVID-19: una visión panorámica	25

RESUMEN: Desde su aparición en China en 2020, la pandemia Covid-19 ha traspasado las fronteras físicas para paralizar todas actividades humanas. Mientras que las instituciones internacionales y los gobiernos buscan mecanismos para proteger a la población mundial, en ciertas regiones, los regímenes recurren al contexto para modificar las leyes a su favor. En países como Nigeria y Senegal, las medidas que fueron tomadas no hicieron más que agravar la tensión sociopolítica y aumentar el ritmo de la pobreza. Además, estas medidas contribuyeron a crear una atmosfera de violación de los derechos humanos, en particular de parte de las fuerzas de orden y los grupos armados como Boko Haram. Por todo ello, en este documento se analiza la situación de la Covid-19 en África, tomando como casos de estudio Senegal y Nigeria. Partiendo de una postura crítica, repensar las lecciones que nos ha ofrecido la pandemia.

Palabras claves: Covid-19, Senegal, Nigeria, África, conflictos sociales, OMS, SARS, derechos humanos...

ABSTRACT: Since its appearance in China in 2020, Covid-19 pandemic has crossed physical borders to paralyze all human activities. While international institutions and governments seek mechanisms to protect the world's population, in certain regions, regimes use the context to modify laws in their favor. In countries like Nigeria and Senegal, the measures that were taken only aggravated socio-political tension and increased the rate of poverty. Furthermore, these measures contributed to creating an atmosphere of violation of human rights, particularly by the forces of order and armed groups such as Boko Haram. Therefore, this document analyzes the situation of Covid-19 in Africa, taking Senegal and Nigeria as case studies. Departing from a critical stance, rethink the lessons that the pandemic has offered us.

Keywords: Covid-19, Senegal, Nigeria, Africa, social conflicts, WHO, SARS, human rights ...

Tensión sociopolítica y COVID-19: el caso de Nigeria

Carmen Touriño Arribas.¹

El pasado mes de octubre se desencadenaron en Nigeria oleadas de protestas que clamaban por la disolución de la Unidad Especial de Antirrobo (SARS por sus siglas en inglés) y durante las cuales más de 60 personas pudieron fallecer. Si bien la sociedad nigeriana estallaba debido a la difusión de un vídeo en donde se podía ver a dos presuntos miembros de la SARS disparar a un joven y asesinarlo, esto solo fue el detonante a las fuertes represiones que sufren desde hace años por parte de las fuerzas de seguridad en general y de la SARS en particular. Sin embargo, en un año marcado por la pandemia, las restricciones impuestas por el gobierno para frenar el avance de la COVID-19, así como a su vez el aumento del abuso de los cuerpos de seguridad bajo el pretexto de hacer respetar las restricciones, han sido también factores determinantes para la eclosión de las movilizaciones del mes de octubre.

En las próximas páginas se hará una aproximación a la SARS, los factores que han condicionado las movilizaciones, el contexto en el cual tienen lugar y lo ocurrido durante éstas.

La SARS: origen y controversias

Para comprender bien todo lo que se desencadenaría en Nigeria, es imprescindible explicar en primer lugar en qué consiste la SARS y los escándalos que le han asolado desde su creación.

A principios de los años 90, en respuesta al elevado número de robos que tenían lugar principalmente en Lagos y en el sur del país, dentro de la Policía de Nigeria se decidió crear a finales de 1992 la denominada Unidad Especial de Antirrobo, la cual tenía como funciones arrestar, investigar y enjuiciar a las personas involucradas en robos armados, secuestros, asesinatos, así como demás delitos violentos. Si durante la primera década, tras su creación, la SARS funcionó únicamente en Lagos, posteriormente se extendió hacia la capital del país, Abuja, así como hacia otras ciudades del territorio.

Durante sus primeros años, con el propósito de poder capturar al mayor número de delincuentes a través de lo que el propio fundador de la Unidad calificó como “elemento sorpresa”, los miembros de la SARS realizaban misiones encubiertas. Posteriormente, la SARS fue ganando progresivamente en poder y aprovechó su acomodada situación para empezar a llevar a cabo extorsiones, pero también a verse implicada en vulneraciones de derechos humanos de manera recurrente.

¹ Título de Experto en Prevención y Gestión de Crisis Internacional, Universidad Carlos III de Madrid.

Si a partir del informe anual de Amnistía Internacional de 2010 relativo al estado de los derechos humanos en el mundo, se comienzan a denunciar por parte de detenidos presuntas torturas y malos tratos perpetrados en particular por la SARS durante las detenciones, desde 2012, nuevamente Amnistía Internacional publica en su informe donde, además de malos tratos, también se producen detenciones arbitrarias e incluso homicidios ilegítimos por parte de la Unidad. Además, estas vulneraciones de los derechos humanos que llegan a incluir en algunos casos ejecuciones extrajudiciales, no se cometen únicamente dentro de los centros de detención de la policía, sino que, como se denuncia por ejemplo en el informe del año 2013, un joven fue asesinado por la SARS mientras se bañaba en un pozo comunitario, acusado por la policía de haber cometido un robo.

Ante el aumento de las denuncias interpuestas por parte de distintas asociaciones de defensa de los derechos humanos contra la SARS, así como a la visibilidad que empieza a darse a los malos tratos perpetrados dentro de las fuerzas de seguridad, en el año 2014 se publica un manual de derechos humanos que prohíbe las torturas a los detenidos, y posteriormente, en 2017, se adopta la Ley contra la Tortura. Y, además, en el año 2015, el inspector general de la Policía toma dos decisiones relevantes: la primera es crear una Unidad de Respuesta a las Denuncias, a través de la cual la población puede presentar sus denuncias a los posibles abusos cometidos por los cuerpos de seguridad; y la segunda es una primera iniciativa de reforma de la SARS para hacer frente a las posibles violaciones de derechos humanos llevadas a cabo por esta Unidad.

Sin embargo, ni la denuncia pública de los abusos cometidos por la SARS ha ayudado a evitarlos ni las medidas tomadas para ayudar a las víctimas se han establecido como acordado.

Como se verá más en detalle con posterioridad, diversidad de personas afirmaron la ineficiencia de la Unidad de Respuesta a las Denuncias, ya que, a pesar de haber emitido quejas, jamás habían recibido respuesta sobre sus causas.

En cuanto a las vulneraciones de los derechos humanos y los asesinatos, estos siguieron sucediéndose en los años siguientes. De hecho, en el año 2016, Amnistía Internacional publica una investigación centrada en los abusos perpetrados por la SARS, después de las todavía numerosas denuncias recibidas por parte de periodistas, asociaciones por los derechos humanos y víctimas de la SARS. En este documento se recogen testimonios de antiguos detenidos que relatan los episodios de torturas sufridos, como, por ejemplo, suspensiones del cuerpo durante horas, privación de alimentación o simulacros de ejecución. Las torturas se efectúan con el fin de obtener confesiones, pero también para que los detenidos acaben en ocasiones aceptando el pago de dinero a sus torturadores con la promesa de una posterior liberación. Miembros de Amnistía Internacional pudieron acceder a uno de los centros de detenciones custodiados por miembros del SARS, en este centro, ubicado en Abuya, se encontraron con unos 130 detenidos en condiciones de hacinamiento en sus celdas, donde sufrían diversas torturas y malos tratos.

Amnistía Internacional no ha sido la única organización en denunciar las conductas de la SARS, otras organizaciones de defensa de los derechos humanos también se han hecho eco de ello. Pero la visibilidad mundial que se ha dado a estos comportamientos no ha servido para que desde la SARS se pusiera punto final a su uso abusivo del poder ni a la vulneración de derechos humanos.

El inicio de las protestas contra la SARS

Debido a la ausencia de justicia contra los miembros de la Unidad y a la difusión de un vídeo del presunto asesinato de un joven por parte de un oficial de la SARS, en 2017, multitud de nigerianos compartieron en las redes sociales a través del hashtag #EndSARS los relatos de sus propias experiencias vividas con la Unidad. Poco después, la sociedad nigeriana salió a las calles de forma pacífica para pedir la disolución de la unidad bajo el lema "End SARS". La respuesta del gobierno a estas protestas fue la promesa de una renovación de las distintas unidades que componen las SARS, y en agosto de 2018, el vicepresidente de Nigeria, Yemi Osinbajo, ordenó efectuar una revisión de la Unidad. Sin embargo, a lo largo del año 2018, así como en los años siguientes hasta el 2020, los abusos continuaron. De hecho, en 2020 Amnistía Internacional documenta en un nuevo informe, 82 casos de abusos por parte de la SARS entre los años 2017 y 2020, en particular a hombres de entre 18 y 35 años de bajos recursos.

Por ello mismo, en el 2020, con motivo de la nueva filtración de un vídeo en el que otro joven podría haber sido asesinado por parte de miembros de las SARS, los nigerianos a través de las redes sociales, pero también en forma de manifestaciones, vuelven a pedir la disolución de todo el conjunto de unidades que componen las SARS. Pero antes de entrar a desarrollar los eventos que se sucedieron en octubre de 2020, es fundamental poner sobre la mesa otros factores que condicionaron a las movilizaciones que estallan en octubre de 2020.

Otras fuerzas de seguridad y de defensa involucradas en vulneraciones de derechos humanos

La violencia que se sufre en Nigeria, no se limita solo a las SARS, y es que otros cuerpos de seguridad del Estado también ejercen una fuerza excesiva, que puede llegar incluso al maltrato y asesinato contra la población.

La crudeza con la que intervienen durante las manifestaciones es un buen ejemplo de ello, pero estos abusos se extienden también a otras circunstancias y se propagan desde hace décadas. Si en el ámbito de la policía de Nigeria, ya se denuncia desde hace más de una década extorsiones, arrestos arbitrarios, torturas de presuntos delincuentes e incluso ejecuciones extrajudiciales, el auge del grupo terrorista Boko Haram, no ha hecho más que acentuar esta problemática. Ciertos miembros de las fuerzas armadas o de distintos cuerpos de seguridad del Estado, aprovechan la lucha contra el terrorismo para cometer abusos contra personas presuntamente vinculadas con grupos terroristas o incluso con algunas de las cuales es bastante dudosa su posible conexión.

En el caso de las fuerzas armadas, Human Rights Watch recogió en su informe de 2014 sobre Nigeria, que tropas nigerianas destruyeron en 2013 más de 2000 edificios y mataron a decenas de personas como represalia por el asesinato de Boko Haram de un soldado. En 2017, como recoge el informe del año 2018, las fuerzas aéreas llevaron a cabo un ataque en un campo de refugiados donde fallecieron 234 personas, entre las que se incluían un funcionario local y 9 trabajadores humanitarios e hirieron a otras 100 personas.

En cuanto a los cuerpos policiales, éstos han detenido, torturado y ejecutado extrajudicialmente a personas sospechosas de ser simpatizantes de Boko Haram. Pero además de contra personas posiblemente vinculadas con el grupo terrorista, la policía también se ha visto involucrada en otro tipo de ilegalidades como, por ejemplo, detenciones sin cargos o abusos contra defensores de los derechos humanos, asesinatos de miembros del Pueblo Indígena de Biafra y del Movimiento para la Actualización del Estado Soberano de Biafra, o desapariciones de miembros del Movimiento Islámico de Nigeria desde 2015.

La COVID-19 en Nigeria: medidas restrictivas y abusos policiales

Volviendo a los recientes eventos que han sacudido Nigeria en el pasado año, hay que tener en cuenta en el contexto en el cual se desencadenan, porque éste, como veremos a continuación, ha tenido una relevancia considerable en que desde la sociedad nigeriana se alimentara un hartazgo generalizado que posteriormente tomaría la forma de manifestaciones.

El año 2020 ha estado marcado por la pandemia de la COVID-19, la cual en mayor o menor manera ha afectado a todos los países del mundo. En el caso de Nigeria, en el mes de marzo el gobierno decidió tomar las primeras medidas para evitar la propagación del virus en el país. Estas medidas consistieron en una serie de restricciones como la prohibición de los vuelos, el cierre de las actividades no esenciales y de escuelas y el establecimiento de un toque de queda para gran parte de los Estados, entre los que se encontraba Lagos, Abuya y Ogún. Estas medidas impuestas en un primer momento por un periodo inicial de 14 días, fueron ampliándose posteriormente hasta el mes de mayo y a continuación suavizándose, hasta llegar a ser disueltas por completo en el mes de septiembre.

La situación sanitaria ha obligado a que las medidas tomadas tanto en Nigeria como en cualquier lugar del mundo, hayan podido derogar durante un periodo de tiempo ciertas libertades, tales como las de movimiento, asociación o culto. Para que las restricciones fueran respetadas, desde el gobierno de Nigeria se encomendó a la policía y demás fuerzas de seguridad garantizar su cumplimiento, pero siempre dentro de la ley y prestando especial atención al respecto de los derechos humanos.

No obstante, y sin perjuicio de las medidas decretadas, el Comité Nacional de los Derechos Humanos de Nigeria documenta en diferentes informes denuncias recibidas por abusos de las fuerzas de seguridad durante el periodo en el que se aplicaron las

medidas. En el primer informe, el cual comprende los primeros 14 días de aplicación de las restricciones, es decir, del 31 de marzo de 2020 al 13 de abril, se recibieron un total de 105 denuncias ; en el segundo informe que abarca la primera prolongación de las restricciones, es decir, del 13 de abril al 4 de mayo, hubo 104 ; y el último informe que recoge la segunda prolongación, que va desde el 4 de mayo hasta el 21 de mayo, las denuncias disminuyeron hasta un total de 22 .

Las denuncias recogidas incluyen ejecuciones extrajudiciales, arrestos y detenciones ilegales, incautaciones de propiedades, discriminación, torturas y tratos inhumanos, extorsiones y violencia sexual. Todas estas vulneraciones de derechos humanos fueron perpetradas en su mayoría por la policía, pero también por las fuerzas armadas y otros cuerpos de seguridad como la Task Force Covid-19, una unidad creada para velar por la correcta puesta en marcha de las medidas impuestas durante el periodo de confinamiento.

En su primer informe, se denuncian un total de 18 ejecuciones extrajudiciales, mientras que, en el mismo periodo, solo se registraban 12 fallecidos por el coronavirus en el país. En los dos informes posteriores, se vuelven a recoger nuevas ejecuciones extrajudiciales, aunque con una cierta disminución (11 en el del segundo periodo y 9 en el del tercero). No obstante, no deja de ser ciertamente alarmante que, en el espacio de menos de 2 meses, un total de 30 personas hayan sido asesinadas por las fuerzas de seguridad en aplicación de las medidas restrictivas de movilidad.

Seis de las ejecuciones extrajudiciales fueron llevadas a cabo por miembros del Servicio Correccional en el centro penitenciario del Estado de Kaduna, tras el desarrollo de protestas por el temor a la propagación de la COVID-19 en el centro. Y es que las condiciones de hacinamiento de los reclusos se convirtieron en un grave peligro para la propagación del virus, lo que supuso que en abril el gobierno diera luz verde a la concesión de amnistías a 2.600 personas para así poder mejorar la situación de los detenidos y controlar mejor el virus.

Por otra parte, con motivo de las limitaciones del derecho a circulación, la policía se procedió a arrestos y detenciones ilegales. Algunos agentes encargados de estos arrestos, confiscaron bienes de los detenidos. Además, para su puesta en libertad y la devolución de los bienes incautados, los agentes de seguridad procedían a extorsionar a los detenidos, pidiéndoles en ocasiones grandes sumas de dinero para su puesta en libertad y la posterior devolución de las incautaciones. Gracias a las cámaras de seguridad se han podido demostrar algunas de las denuncias interpuestas, como por ejemplo el momento en el que un policía extorsionó a un hombre cuyo vehículo había sido confiscado por presuntamente incumplir el toque de queda. El hombre retiró la suma de dinero requerida por el policía y posteriormente se le devolvió la moto y se le dejó en libertad.

También durante las detenciones ilegales se denuncian diversidad de casos de tortura y tratos inhumanos contra más de 500 detenidos. Pero la mayoría de los afectados (un total de 450) sufrieron malos tratos en los primeros 14 días de aplicación de las medidas.

La gran parte de estas acciones fueron perpetradas por la policía nigeriana, pero también la Task Force Covid-19 estuvo vinculada a casos de torturas. Aunque no se produjera durante un arresto, cabe mencionar también el abuso sufrido por una mujer en la calle, cuando dos policías la apalearon después de haber ido a una farmacia a comprar medicamentos.

En cuanto a la violencia sexual y de género, además del maltrato que sufren mujeres dentro de sus hogares, el cual ha aumentado con motivo del encierro, algunos miembros más en particular de la policía, también han cometido abusos sexuales. Se registran casos de policías que detienen a mujeres por algún motivo que tenga algún tipo de vinculación, aunque mínima, con las restricciones impuestas, y durante sus detenciones son sometidas a abusos sexuales. Por ejemplificar un caso, una mujer denunció que un policía, bajo pretexto de que estaba haciendo un uso inadecuado de la mascarilla, procedió a su detención y dijo que la conducía a comisaría, sin embargo, la mujer denuncia que el agente la llevó a una casa donde la agredió sexualmente y la amenazó de muerte si contaba lo ocurrido.

Por último, con respecto a la discriminación, solo se denuncia un incidente en el primer periodo de aplicación de las medidas, el cual tuvo lugar cuando en la distribución de alimentos que se organizó durante el periodo de confinamiento, no se incluyeron a las personas con discapacidad en el Estado de Bayelsa para dicha distribución.

Las restricciones impuestas se han traducido en privaciones de ingresos, lo que ha causado situaciones devastadoras para una gran parte de la población que dependen de los salarios diarios para vivir. Estas personas en riesgo de pobreza, tampoco han percibido por parte del gobierno ayudas económicas durante los meses de confinamiento. La falta de ingresos ha provocado movilizaciones de la población en contra de las medidas decretadas para frenar la pandemia. En abril de 2020 en Lagos, trabajadores de la construcción encabezaron protestas en contra de las medidas impuestas y 51 de ellos fueron detenidos.

Pero otro de los riesgos derivados de la falta de ingresos y aumento de la pobreza es la incrementación de la delincuencia ciudadana, un riesgo que se convirtió en realidad con la puesta en marcha de las medidas restrictivas. Ya desde el mes de abril aumentaron los robos de bienes de primera necesidad, pero también la incidencia de bandas criminales que irrumpen en hogares y comercios para robar objetos de valor, en particular en Lagos y Ogun.

En lo que respecta al personal sanitario, también ellos han tenido que hacer frente a difíciles condiciones de trabajo debido a la falta de material adecuado para protegerse y para luchar contra el coronavirus, así como a bajos salarios. Todo ello generó en junio del pasado año una huelga liderada por la Asociación Nacional de Médicos Residentes.

Falta de rendición de cuentas

Sin duda, otro de los agravantes de esta situación es el alto índice de corrupción y la falta de rendición de cuentas contra quienes perpetran delitos, pero en especial cuando estos ocurren en el seno de las fuerzas de seguridad del Estado.

A partir de 2015, con la puesta en marcha de la Unidad de Respuesta de Denuncias interpuestas contra miembros de la policía, se implementaban así medidas más austeras para evitar los sobornos dentro de diferentes instituciones de la justicia. Sin embargo, la aceptación de sobornos por parte de la policía en Nigeria sigue siendo de las más altas y la pandemia no ha hecho más que evidenciar esta problemática con los testimonios de las extorsiones. Esta unidad, como ya se señaló, también tiene como función recoger las denuncias interpuestas contra miembros de las fuerzas de seguridad. Sin embargo, las personas que han recurrido a esta Unidad, afirman que nunca han recibido respuesta sobre sus causas.

Para los casos de abusos de las fuerzas de seguridad que se denuncian, en la mayoría de las ocasiones no hay investigaciones, y por lo tanto la responsabilidad penal ante estos crímenes es inexistente. De hecho, en los informes elaborados por la Comisión con respecto a las denuncias sobre vulneraciones de derechos humanos durante los tres periodos de aplicación de las medidas, la mayoría de las denuncias no habían sido investigadas. Es más, en el momento de la elaboración de dichos informes, no se había abierto el proceso sobre ninguna de las ejecuciones extrajudiciales. De este modo, es ciertamente lógico que desde la SARS y demás unidades de la policía y otros cuerpos de seguridad se sientan con impunidad para cometer todo tipo de abusos sin miedo a represalias.

Pero la ausencia de investigaciones no se limita solamente a las que tienen como protagonistas al personal de las fuerzas del Estado. La lentitud e incluso falta de procesos judiciales es un mal que impera en Nigeria. En el caso por ejemplo de los presuntos colaboradores o miembros de Boko Haram, la justicia en raras ocasiones ha abierto un proceso contra ellos por posible comisión de crímenes. Desde 2009, miles de hombres y niños han sido arrestados en el noreste del país en condiciones inhumanas por presunta colaboración con el grupo terrorista, y en 2014, de los 1400 detenidos en esta región del país, solo 50 se enfrentaron a juicio. Este problema, sin embargo, se extiende también entre todos los detenidos del país. En el año 2020, según informes de Amnistía Internacional, alrededor del 70% de los reclusos estaban a la espera de juicio. El resultado de esta falta de investigaciones crea un grave problema de hacinamiento en las cárceles, como ya ocurrió durante los peores momentos de la pandemia.

Las movilizaciones de octubre de 2020

En el periodo que va desde el mes de marzo hasta el estallido de las movilizaciones en octubre, el país ha sufrido un importante desgaste debido a la pandemia: falta de ingresos, medidas que sirvieron para que miembros de las fuerzas de seguridad aprovecharan su posición para cometer toda clase de abusos con casi total impunidad, ausencia de justicia como lleva ocurriendo años y un aumento de la delincuencia, que

sirve a su vez como pretexto para la SARS de incrementar sus abusos. Toda esta situación fue allanando el camino a las movilizaciones de octubre, pero sin duda el detonante definitivo para el inicio de éstas fue la difusión de un vídeo donde se podría ver presuntamente a dos miembros de la SARS sacar a dos hombres de un hotel y disparar sobre uno de ellos mortalmente, añadiéndose así un nuevo homicidio extrajudicial a la lista de los perpetrados por la SARS durante años.

El vídeo empezó a hacerse viral en las redes sociales a partir del 3 de octubre de 2020, lo que generó una masiva protesta pública en plataformas como Twitter o Instagram pidiendo el fin de la SARS a través del hashtag “EndSars”, como ya ocurrió en 2017. Pero el 8 de octubre, la cólera de la población nigeriana se transfirió a las calles iniciando importantes movilizaciones multitudinarias, con proclamas que incluían, además de la disolución de la SARS, el deber de respeto de los derechos humanos y la rendición de cuentas.

Las movilizaciones se extendieron por las calles de las principales ciudades del país y en poco tiempo dieron la vuelta al mundo, convirtiendo a Nigeria en el foco de atención, lo que sirvió para que el 11 de octubre se anunciase la disolución de la SARS. Pero la declaración de disolución de la Unidad no ayudó a acallar las protestas, y es que teniendo en cuenta los antecedentes del gobierno (con promesas similares en movilizaciones anteriores como las de 2017, pero que la experiencia demostró posteriormente que únicamente se realizaron para pacificar las movilizaciones), es evidente el escepticismo entre los nigerianos a no creer la definitiva disolución de la SARS. En consecuencia, las manifestaciones se siguieron intensificando en los días siguientes y el 20 de octubre se vivió uno de los momentos más sombríos de las movilizaciones, cuando las fuerzas de seguridad reprimieron violentamente en Lekki una de las protestas pacíficas, matando al menos a 12 personas.

Lo acontecido en Lekki no fue un evento aislado y las protestas estuvieron acompañadas nuevamente por una violenta respuesta por parte de las fuerzas de seguridad. El presidente del país, Muhammadu Buhari, informó que, durante las movilizaciones, al menos 51 civiles habían fallecido, además de 11 policías y 7 militares y solo el día 20 de octubre, 38 personas pudieron ser asesinadas. El informe anual de Reporteros sin Fronteras recoge que, de los 50 periodistas asesinados en el mundo en el año 2020, dos de ellos fueron asesinados en Nigeria durante los eventos de octubre.

Después de semanas de protestas, Buhari llamó al fin de las movilizaciones y a la búsqueda de soluciones conjuntas. Pero con la relajación de la situación en el país, las autoridades han querido buscar responsables, por lo que algunas de las caras más visibles de las movilizaciones han sufrido congelaciones de sus fondos con el fin de que se investiguen sus fuentes de financiación y también se les han retirado pasaportes.

No obstante, a pesar de la persecución de algunos de los participantes, las movilizaciones han podido tener una relevancia ciertamente significativa en el futuro del país. La SARS ha sido disuelta y desde el gobierno se han prometido reformas amplias dentro de la policía en general. Si bien ya han existido promesas similares con

anterioridad, ello no deja de generar ahora un cierto halo de esperanza entre los nigerianos. Pero quizá lo más significativo de todo, es el aumento de confianza que la población puede tener en sí misma, al poder sentirse propulsores de ese cambio gracias a las movilizaciones. Además, los eventos de octubre han demostrado una fuerte solidaridad entre la mayoría de los movilizados, y es que se han creado organismos mediante los cuales se han realizado recaudaciones de fondos para brindar apoyo a las víctimas de abusos policiales y para financiar asuntos legales de los arrestados.

BIBLIOGRAFÍA

Aljazeera, “Nigeria’s SARS: A brief history of the Special Anti-Robbery Squad”, News24, [Consultada el 7 de junio de 2021], <https://bit.ly/3z9MpvF> , 22 de octubre de 2020.

Amnesty International, “Nigeria: time to end impunity. Torture and other violations by special anti-robbery squad (SARS)”, 2020.

Amnesty International, “You have signed your death warrant: torture and other ill treatment by Nigeria’s special anti-robbery squad (SARS)”, 2016.

Anti-Torture Act, 2017.

Barómetro Global de Corrupción, “Transparency International”, 2019, <https://bit.ly/3vUgywr> [Consultada el 9 de julio de 2021]

BBC, “Nigeria protests: President Buhari says 69 killed in unrest”, BBC.com, 23 de octubre de 2020, <https://bbc.in/3hqFasE> [Consultada el 9 de julio de 2021].

BBC, “Nigeria’s #EndSARS campaign at police brutality video”, BBC.com, [Consultada el 7 de junio de 2021] <https://bbc.in/34VKOvW> , 2017.

GCR Staff, “51 arrested in Lagos as construction workers rampage over lockdown”, Global Construction Review, 29 de abril de 2020, <https://bit.ly/3daflui> [Consultada el 9 de julio de 2021].

Human Rights Watch, “World Report 2011: Nigeria, Events of 2010”, 2011, <https://bit.ly/3xfTuta> , [Consultada el 9 de julio de 2020].

Human Rights Watch, “World Report 2014: Nigeria, Events of 2013” 2014, <https://bit.ly/3zmjt3K> , [Consultada el 9 de julio de 2020].

Human Rights Watch, “World Report 2015: Nigeria, Events of 2014”, 2015, <https://bit.ly/3cCKWo2> , [Consultada el 9 de julio de 2020].

Human Rights Watch, “World Report 2018: Nigeria, Events of 2017”, 2018, <https://bit.ly/3pJFhBV> , [Consultada el 9 de julio de 2020].

Informe anual 2010 de Amnistía Internacional, sobre el estado de los derechos humanos en el mundo, 2011.

Informe anual 2012 de Amnistía Internacional, sobre el estado de los derechos humanos en el mundo, 2013.

Informe anual 2013 de Amnistía Internacional, sobre el estado de los derechos humanos en el mundo, 2014.

Informe Reporteros Sin Fronteras 2020, sobre el balance anual de periodistas asesinados, 2020.

Informe 2020/21 de Amnistía Internacional, sobre la situación de los derechos humanos en el mundo, 2021.

ITODE, Sampson, “Policeman raped me after arrest for mask face violation- Rivers widow”, Punch, 30 de julio de 2020, <https://bit.ly/2SU8cri> [Consultada el 9 de julio de 2021].

KABIR Adejumo, “Lockdown: Police officers caught on camera assaulting woman”, Premium Times, 19 de abril de 2020, <https://bit.ly/3j6vvsr> [Consultada el 9 de julio de 2021].

MBAH, Fidelis, “Nigeria: Lagos residents defend homes against curfew bandits”, Aljazeera, 14 de abril de 2020, <https://bit.ly/3w32Abo> [Consultada el 9 de julio de 2021].

National Human Rights Commission, “Report of alleged human rights violations recorded between 13th april to 4th may, 2020 following the extension of the lockdown period by government”, 15 de mayo de 2020.

National Human Rights Commission, “Report of alleged human rights violations recorded between 4th to 21st may, 2020 after partial lifting of the lockdown by government”, 8 de julio de 2020.

National Human Rights Commission, “Report on human rights violations following the implementation of covid-19 regulations 2020 and directives issued by federal and State governments from 31st march to 13th April 2020”, 3 de julio 2020.

UKPONG, Cletus, “Lockdown: Police officer caught on camera extorting N40,000 from motorist”, Premium Times, 11 de abril de 2020, <https://bit.ly/3j7OgLV> [Consultada el 9 de julio de 2021].

COVID-19 en Senegal: ¿Primera victoria de África sobre el mundo desarrollado o drama para una década?

Maurice Dianab Samb.²

Cuando a finales del año 2019 -siguiendo las tradiciones y el espíritu navideño en sus distintas formas a través del planeta-, las familias acogían el nuevo año 2020, pocos se podían imaginar que en algunos meses vivirían una situación que iba a transformar sus vidas. Nació la Covid-19 lejos de nuestras fronteras, en China, y durante las primeras semanas, nos parecía una situación ajena a nosotros. Observábamos su evolución y cómo el gobierno local trataba de gestionar los primeros casos; en algunos medios de comunicación se alimentaba el debate, las paranoias y mientras tanto los medios de comunicación internacionales alimentaban la eterna disputa entre China y el mundo occidental. Mientras que algunos dentro la sociedad observaba esta situación con indiferencia o preocupados, sobre todo, dirigentes como Donald Trump buscando transformar la situación en un nuevo pretexto de disputa geopolítica, el virus que no conoce de fronteras se iba expandiendo a través del globo. Lo que ya parecía estar muy lejos de nosotros, atravesó las fronteras de los países y en un corto espacio de tiempo, se transformaba en una pandemia que paralizaba todas las actividades humanas.

Durante las primeras semanas de su aparición y los servicios sanitarios sonando las alertas, incluso los propios gobiernos estando en una postura de “duda” con respecto a las medidas que se habían de tomar. Era una situación inédita. Mientras que los observadores giraban hacia la OMS, otros acusaban a China; las voces catastrofistas y paranoicas, formulaban todas las teorías conspiratorias posibles, parecía un regreso a las interpretaciones místicas de la Historia que había realizado Joaquín de Fiore (Edad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo). La población se vio así sumergida en una situación de duda y de sospechas, pensando que los dirigentes mundiales habían elaborado un plan para terminar con la población. En medio de este contexto, mientras que algunos dirigentes se dirigían hacia la ciencia para hallar las respuestas, la administración de Trump y algunos dirigentes a través del planeta negaban la existencia del virus. Alrededor del mes de mayo, ya el virus había conquistado las sociedades y estaba dejando su huella, y uno de los sectores más golpeados fue la sanidad. Nos obligó a repensar nuestro sistema sanitario y su capacidad en tiempos de crisis. Ante las incertidumbres y la ausencia de una solución a corto plazo, los gobiernos, iban tomando las medidas de manera unilateral, situación en la que, en los inicios, cuestionaba los modelos federativos y de libre circulación en algunas regiones debido a que, muchos

² Filósofo e Investigador Cátedra de Ética Ambiental (UAH). Doctorando Historia, Cultura y Pensamiento (Universidad de Alcalá) y Seguridad Internacional (IUGM-UNED).

países consideraron como solución el cierre de sus fronteras para reducir los desplazamientos a través de los cuales se transportaba el virus de un lado a otro.

Mientras que en China y en Occidente la situación aparecía cada vez preocupante, muchas personas perdiendo la vida, en África se observaban los hechos desde la distancia y asombro. Nadie sabía lo que estaba pasando. Años atrás, Ébola había conquistado algunos países africanos y a través de los medios occidentales, se había proyectado una imagen muy negativa del continente. Ahora con los impactos negativos que estaba produciendo la covid-19 en los países que parecían inmunes de todo tipo de enfermedad, los africanos no podían ocultar su sorpresa. A excepción de los casos importados, casi no había ningún caso de contagio en el continente. Mientras que China y Occidente se lamentaban como Israel ante Yahvé, los africanos seguían realizando sus actividades cotidianas. En medio de este contexto, volvieron a sonar los viejos tonos alarmistas sobre África. El Secretario General de las Naciones Unidas, António Guterres auguraba lo peor para África, cuando el día 20 de mayo de 2020 decía lo siguiente:

“A medida que se extiende por el continente la COVID-19, África ha respondido rápidamente a la pandemia, y hasta ahora el número de casos notificados es menor de lo que se temía. Aun así, es mucho lo que pende de un hilo.

Pero la pandemia amenaza el progreso de África. Agravará viejas desigualdades y aumentará el hambre, la malnutrición y la vulnerabilidad a las enfermedades. Ya están disminuyendo la demanda de productos básicos de África, así como el turismo y las remesas con destino al continente. Se ha aplazado la apertura de la zona de comercio, y millones de personas podrían verse empujadas a la pobreza extrema.

Hacemos un llamamiento a la acción internacional para fortalecer los sistemas de salud de África, mantener el suministro de alimentos, evitar una crisis financiera, apoyar la educación, proteger los empleos, mantener a flote a los hogares y las empresas y amortiguar los efectos de la pérdida de ingresos y de beneficios netos de la exportación en el continente.

Los países africanos también deberían tener un acceso rápido, igual y asequible a cualquier eventual vacuna o tratamiento, que deberán considerarse bienes públicos.

He pedido que se ofrezca un paquete de respuesta global que ascienda como mínimo al 10 % del Producto Interno Bruto mundial. Para África, ello significaría más de 200.000 millones de dólares de apoyo adicional de parte de la comunidad internacional.”³

³ Guterres, A., "La solidaridad mundial con África es un imperativo", UN, 20/05/2020. (<https://www.un.org/es/coronavirus/articles/solidaridad-mundial-africa-imperativo>)

Podemos entender la “Buena voluntad” del Secretario General, sin embargo, se había equivocado y que sus declaraciones fueron consideradas como “irresponsables y paternalistas” a través del continente africano. Durante décadas, por el impacto de las enfermedades, la hambruna y la pobreza que había golpeado el continente, se elaboró un discurso e imagen de un continente en desgracia. Esto llevó a *The Economist* en los años 2000 a que hablara del continente como “The Hopeless Continente”. Una década después, el mismo editorial volvía a cambiar su lenguaje con este título –“The Hopeful continente: Africa rising”- debido a que África había cambiado la narrativa tanto en términos políticos, económicos y sociales. Durante las últimas décadas, las economías africanas eran las que más crecían y los inversores codiciaban los sectores estratégicos de los distintos países. A pesar de que esto no ha logrado eliminar la mala imagen que se tiene del continente, por lo menos, ha permitido dinamizar la economía y aumentar la clase media. Se suma el hecho de que, entre la población juvenil, cada vez más el nivel de escolarización es más avanzado y las infraestructuras están acompañando, aunque a un ritmo lento.

Por todo ello, mientras que el mundo avanzado se veía “conquistado” por el virus y miles de personas muriendo; una realidad que para la mayoría de la población occidental tiende a pasar en África, las palabras de Guterres fueron percibidas como “arrogante”, de ahí recibió muchas críticas. La covid-19 ha permitido al mundo darse cuenta de que, no existe una seguridad absoluta y el concepto de desarrollo, en ciertos casos, es relativo. Con todos los avances tecnológicos en el mundo desarrollado, ha habido más muertos en sus países que en el continente africano. Esto, para los pensadores en occidental sigue siendo muy difícil de aceptar. ¿Cómo un continente que no dispone de las infraestructuras sanitarias adecuadas pudo tener un bajo nivel de muertes en comparación con países como Estados Unidos? Podemos enlistar muchos factores, pero uno de los más importantes es el hecho de que la población africana es mucho joven. Tiene un promedio de entre 15-35 años, y siguiendo las explicaciones científicas, el virus afecta más a los de edad avanzada. Partiendo de este hecho y siendo el mundo desarrollado el lugar donde habitan personas más envejecidas, no es de extrañar que haya más muertos. Además, la composición sociológica del continente africano es distinto al mundo avanzado.

La población global ronda los siete (7) mil millones de habitantes y los africanos suman el total de 1.367.097.131, y se espera que esta cifra irá aumentando entre 2050 y 2100 (ONU). Desde que empezó la covid-19 hasta ahora, ha habido cerca de 191 millones de contagios (OMS) y 4,09 millones de fallecidos, más en Estados Unidos, India y Brasil. Mientras que en el continente africano solamente se han contabilizado (los datos recogen desde el inicio de la pandemia hasta el 24/06/2021) unos 140,040 mil muertos, dándose los mayores casos en Sudáfrica, Egipto y Túnez. Además de romper con las expectativas del mundo desarrollado -al inicio del covid-19, algunas voces presagiaban el drama en el continente-, en general, África ha sabido “resistir” y adoptar decisiones valientes para protegerse, y una de estas fueron el cierre de las fronteras a pesar de que algunas de las economías locales dependen del turismo. Por otro lado, mientras que en Europa los países tomaban decisiones unilaterales, los organismos a nivel continental

invitaban a realizar la solidaridad. Siguiendo este espíritu panafricano, países como Senegal desarrolló una diplomacia de proximidad, es decir, una vez que recibió las primeras vacunas Sinopharm para la población, ofreció el diez por ciento (200, 000 dosis) a Gambia y Guinea Bissau⁴. En África sabemos que ningún país puede salir por sí de la situación, necesitamos la cooperación. Esta política de solidaridad es una cultura típicamente africana, la comunidad es lo que da sentido a la existencia.

No obstante, más allá de las posturas diplomáticas y las medidas políticas adoptadas por cada país para luchar contra el virus, lo que en sí nos ha enseñado la pandemia es que, estábamos viviendo en una sociedad líquida y desenfrenada y necesitamos volver a pensar en nuevos paradigmas, es decir, cuál es la prioridad. Desde el inicio de la Revolución Industrial y el fin de la Guerra Fría, y dominando el liberalismo como sistema económico, el mundo ha orientado todos sus esfuerzos en las ganancias económicas por encima del bienestar colectivo. Habíamos construido un “sistema” que solamente otorga voz a la economía y dejaba de lado a los principios éticos, motivo por el cual, incluso en el ámbito de la investigación científica, siguiendo la búsqueda de resultados y la competitividad, se violan las normas éticas. De ahí algunos países utilizan a los virus y la biotecnología como instrumentos de guerra y recurso militar. Mientras gastan millones de dólares cada año en este sector, los servicios más básicos como pueden ser el acceso a la sanidad son olvidados. La sanidad en la mayoría de los países se ha convertido en un negocio en vez de un sacerdocio. Por ello, viendo el caso de Estados Unidos, a pesar de su avance en términos económicos, militar y tecnológico, es el país donde más personas han perdido la vida; los factores son muchos, pero entre ellos, incluye la desigualdad social y una capitalización del sistema sanitario que está al alcance únicamente de los ricos.

Además, covid-19 también ha revelado las contradicciones del sistema internacional. Desde la creación de las Naciones Unidas (1945), las voces a nivel internacional siempre hablan de la idea de construir un mundo de paz (la paz perpetua kantiana), sin embargo, hemos podido ver que, en ciertos momentos, los países priman el interés nacional por encima del bien común. Primero está la disputa entre China y Estados Unidos acerca del origen del virus. Ya se ha convertidos en un factor de disputa geopolítica. Por otro lado, la solidaridad global ha fallado. Nadie puede reprochar a los países avanzados su deseo de querer proteger a sus poblaciones, pero viviendo en un contexto donde el virus no tiene fronteras ni conoce de clases sociales -el virus ha democratizado el drama y la muerte trágica-, sería interesante crear una atmosfera donde todos los países podrán acceder a las vacunas y las tecnologías que les permita crear soluciones para sus poblaciones. Sería un error de parte de occidente pensar que solamente se tiene que proteger y olvidarse del resto; la pandemia se derrota colaborando y no recurriendo al proteccionismo. Porque mientras siga habiendo casos de contagios en los países más vulnerables y la población sin poder acceder a las vacunas, occidente no estará a salvo. Por la naturaleza de la aldea global actual y la dependencia mutua, nadie va a poder frenar el virus. Estamos interconectados a pesar de que las propuestas populistas

⁴ <http://www.walf-groupe.com/vaccins-covid-19-senegal-offre-10-de-doses-a-gambie-a-guinee-bissau/>

tienden a predicar lo contrario. El Norte necesita al Sur, viceversa. Más todavía en la lucha contra la pandemia.

Esto no quita el hecho de que podemos reprochar a los países del Sur por su negligencia. África dispone del potencial juvenil e intelectual para desarrollar una industria científica muy avanzada y capaz de resolver sus problemas. Sin embargo, por la arraigada cultura de la dependencia del exterior, los dirigentes invierten en sectores en que sí no son urgentes y dejan de lado las bases que han de crear el progreso del continente. África tiene suerte. De no haber sido determinante su peso juvenil, la pandemia podría crear grandes catástrofes porque no hay suficientes infraestructuras sanitarias capaces de contener la situación. Hasta el presente, solamente el dos (2) por ciento de la población africana ha sido vacunada. Y la mayoría de las vacunas utilizadas fueron creadas en el exterior. Cuba, país que, a lo largo de todas estas décadas lleva sufriendo el embrago americano que mina su economía, ha conseguido establecer un sistema sanitario loable, tanto que, en los momentos cruciales de la pandemia, países como Italia, con mayores recursos, solicitaron su cooperación. Mientras tanto, ¿qué hacen los gobiernos africanos? Seguir tendiendo la mano y esperando las recomendaciones de las instituciones internacionales.

África tiene que empezar a producir lo que necesita y dejar de esperar la ayuda del exterior. La ayuda internacional “nunca” va a sacar al continente de la miseria. Algunos dirigentes se están dando cuenta, pero tarde. En este sentido, después de solicitar la colaboración internacional para facilitar el acceso a las vacunas por medio del COVAX (OMS) y viendo que no está dando resultados, países como Marruecos, Sudáfrica, Egipto y Senegal se lanzaron en la producción de vacunas. En el caso de Senegal, se invirtieron cerca de 200 millones de euros en dicho proyecto. Mientras tanto, el programa de acceso equitativo a la vacuna solamente ha podido ofrecer a África unos 1,6 millones de dosis. A este ritmo el continente puede tardar una década antes de derrotar el virus. El 99% de las vacunas utilizadas en el continente fueron importadas.

Desde hace algunas décadas, con el pretexto de la lucha contra el terrorismo y el crimen organizado, los países gastan muchos millones de dólares en equipamiento militar mientras que la población no puede acceder a la sanidad, la educación de calidad, la alimentación básica, etc. Siguen enriqueciendo a las industrias armamentísticas occidentales y todos aquellos que utilizan los conflictos y el terrorismo como fondo de comercio. La prioridad en África no es el terrorismo, aunque nadie puede negar la presencia de grupos terroristas. Como africano, me pregunto con frecuencia, ¿cómo han llegado allí? Los países occidentales en África están en el terreno no para derrotar el terrorismo, sino para preservar sus intereses geopolíticos. Un claro ejemplo es la postura francesa. Tras su desacuerdo con el actual régimen de Malí y su negación de realizar operaciones militares conjuntas con las tropas locales, lo más lógico sería irse del país. Pero no lo ha hecho. ¿Por qué? los intereses energéticos.

De ahí la ambigüedad de la comunidad internacional. Quieren que África siga en la miseria para que sean los eternos “salvadores”. En el contexto de la pandemia, también

se está aplicando la misma metodología: “Dejemos que se mueran los africanos y vamos por sus recursos”.

El mundo occidental sigue sin darse cuenta de que, marginalizado a África y fomentando su desgracia significa su propia inestabilidad, sobre todo en el caso de los populistas que creen que la migración africana es un problema. Mientras que no haya “vida” en África, las personas seguirán moviéndose. De igual manera, si no facilitan las vacunas a los países africanos, la pandemia seguirá presente y mientras siga entre las fronteras africanas, ¿cómo los actores van a explotar los recursos en el terreno? Una población enferma no puede trabajar. Pero más allá de las críticas al mundo occidental, creo que los responsables primeros son los dirigentes africanos.

De la misma manera que los africanos que habían luchado junto con los europeos en las grandes guerras, tras las batallas de 1939-1945, derrumbaron el mito de la superioridad de la cultura occidental, de igual forma, esta pandemia ha vuelto a ofrecer a los africanos la posibilidad de romper con el discurso de la superioridad económica y tecnológica. La riqueza material no ha impedido las muertes en miles en el mundo avanzado. Además, ha demostrado que la dependencia del exterior es un error estratégico. Los países se han de alimentar con todos sus necesidades primarias. Los confinamientos y la cancelación del tráfico-comercio internacional durante meses dejaron a muchos países en la agonía, porque la mayoría de los productos consumados provienen del exterior. Es tiempo de luchar por la seguridad alimentaria, energética, etc., partiendo de la realidad local. Es una oportunidad histórica, pero dudo si los países estarán a la altura ni se darán cuenta de la ventaja que les ha ofrecido covid-19. Los progresos sociales siempre se han realizado en momentos de convulsión. Sin defender la política de cooperación China, pero sí, apreciando su pragmatismo, desde que los africanos empezaron a aliarse con ella y alejarse del discurso moralista occidental (derechos humanos, etc.), hay una dinamiza de industrialización. De hecho, con relación al acceso a las vacunas, la mayoría de los países africanos han recurrido a China. Occidente sigue sin entender que su modelo no está funcionando y temo que su despertar puede ser trágico.

La crisis de los años 1920, las dos guerras mundiales, la situación económica debido al aumento de los precios del petróleo a finales de los años 1973, la crisis económica de finales de 2007 y inicios de 2008 y la pandemia han sido episodio a través de los cuales podríamos aprender nuestros errores y crear nuevas instituciones y mecanismos sociales más humanos. No obstante, el arraigo de una cultura posverdad nos ha llevado a perder el sentido de las cosas importantes, es decir, preguntarnos ¿qué es el hombre? Hemos dejado de reflexionar y en los momentos trágicos es cuando volvemos a replantearnos las preguntas esenciales cuando ya el daño está hecho. Como académico, no puedo negar el valor de la ciencia moderna, pero ante las prioridades y las fracturas sociales que presenciamos cotidianamente, ¿vale la pena seguir inyectando millones en gastos militares cuando la población que pretendemos defender sucumbe ante la miseria absoluta? ¿Cuántas familias han perdido su seguridad básica durante la pandemia? Muchos han perdido sus empleos. ¿Existe mayor violencia que esta? Esta es la violencia que hemos de derrotar, tanto en África como en el resto del mundo. Los

discursos políticos se centran en cómo dinamizar a la economía, pero no tienen en cuenta la economía a las personas. ¿Qué sentido tiene la economía y el sistema sin las personas?

Covid-19 nos está hablando, pero ¿están escuchando los dirigentes? La pandemia nos ha dicho que hemos cargado con lo esencial. La tecnología deshumaniza al hombre y esclaviza a la naturaleza. El peso del hombre y el resultado de sus destrucciones puede terminar con su especie. Científicamente recurrimos a las vacunas para estar a salvo, pero humanísticamente, necesitamos nuevos paradigmas. El mismo África ha caído en esta trampa: una vez conseguida la independencia, la mayoría de los países siguieron con el modelo occidental -destrucción de los valores tradiciones y la relación con el ecosistema- pensando que así se iban a humanizar. Medio siglo después, hemos perdido todas las referencias, sobre todo la solidaridad.

La solidaridad ya no es una base que regula las relaciones internacionales. La competición geopolítica y económica ha relegado al hombre. Las ciudades son cada vez modernas, pero los cuerpos se envejecen por la pobreza, la violencia, la miseria...y ahora se suma, la pandemia. Las estructuras sociales que antes permitían el apoyo mutuo en tiempos de crisis han desaparecido porque la cultura economicista nos ha enseñado que debemos primar el individualismo. Vivimos sin vivir; somos existencia sin alma, meros cadáveres andantes. Lo único que vive es la economía y utilizamos todos nuestros esfuerzos para que siga viviendo mientras que nos envejecemos con las preocupaciones cotidianas.

Llegó Covid-19 y nos dijo: "Pausa". No hemos sacado las conclusiones ni analizado el mensaje que nos quería ofrecer, más bien hemos regresado a la misma trampa de siempre. Por eso, a pesar de las medidas sanitarias y las vacunas, creo que Covid-19 va a seguir aquí durante mucho tiempo. Su presencia ha generado más fracturas sociales aún. ¿Podemos aprender algo de África con relación a esto? Sin la menor duda. África tiene mucho que ofrecer al mundo, pero los africanos siguen sucumbidos en la esclavitud psicológica de manera que piensan que no tienen nada que ofrecer a la humanidad. Por eso, en vez de tomar medidas, siempre están esperando que suene la palabra "profética occidental". ¿Y si nuestra civilización sigue atada en la cueva platónica y no se dé cuenta? La forma en la que vamos a resolver la pandemia puede ser una respuesta.

Covid-19 en Senegal: Medidas y tensiones sociales

Senegal es un país formado por una mayoría musulmana (95%), el restante 5% católicos, protestantes y animistas. Además de ser una sociedad multicultural, ha sido un referente en términos democráticos al ser el único país en la región oeste de África que no ha sufrido un golpe de Estado. El país ha sabido desarrollar un diálogo multicultural y religioso de manera que, aun siendo la mayoría musulmana, tras la independencia en 1960, eligió a Léopold Sédar Senghor -un cristiano y serrero, doble minoría- como su primer presidente. La población senegalesa es joven como pasa en la mayoría de los

países africanos. Desde su acceso a la soberanía internacional, ha permitido dos transiciones democráticas (en 2000 y 2012). En los inicios de la nueva República, únicamente se permitía un monopartidismo, pero había que esperar hasta los años 1980 con el presidente Abdou Diouf para poder gozar de un sistema multipartidista, eso sí, tras intensas protestas, encarcelación de los opositores y la contestación electoral a nivel nacional; un contexto marcado por los ajustes estructurales impuesto por las instituciones internacionales.

A pesar de situarse entre los veinte-cinco (25) países más pobres del mundo, el país goza de una estabilidad institucional social debido a su particularidad sociológica: la presencia de líderes coránicos como reguladores sociales, las alianzas matrimoniales entre las etnias, entre las religiones, etc. Por todo ello, se ha sabido construir una paz social. No obstante, desde hace algunos años, con el régimen de Macky Sall, sobre todo, intentando alimentar su deseo de optar por un tercer mandato -cosa que está prohibida por la Constitución de 2001 y 2016- alimenta una situación de confrontación y política tribal; la persecución de los opositores, adopción de leyes anticonstitucionales, la corrupción política, etc.

Al igual que la mayoría de los países africanos que observaban la evolución de la covid-19 a través del mundo en sus inicios, el país vivía normal hasta el día 2 de marzo de 2020 cuando contabilizaba su primer caso (importado). La administración decía controlar la situación, pero en pocas semanas, el virus se había expandido a través del país. El 23 de marzo de 2020, el gobierno decidió adoptar las primeras medidas: Estado de alarma y confinamiento apresurado, diría copiando el modelo de Emmanuel Macron, con el fin de frenar los movimientos de la población y los contagios. A diferencia de los países occidentales donde existen los medios técnicos y humanos para realizar el teletrabajo, en el caso de Senegal fue imposible. Sin analizar las diferencias culturales y las realidades socioeconómicas, el gobierno adoptó las mismas medidas que las que había puesto en marcha Francia. La mayoría de la población gana su vida cotidianamente realizando pequeños oficios. El hecho de estar en casa durante semanas sin los recursos para sobrevivir, aumentó el ritmo de la pobreza y la desnutrición, sobre todo en la parte norte del país que, además de este problema, lidia con la sequía.

Conociendo la importancia de las figuras sociales, por ejemplo, los líderes de las confradías musulmanas -en algunos contextos, son más considerados incluso que los dirigentes políticos-, éstos participaron en la campaña de sensibilización. Las distintas comunidades se organizaron para acompañar al gobierno en su plan de ofrecer ayudas a las familias más pobres. Además de las grandes sumas que ofrecieron estas comunidades, el gobierno utilizó mil millones de francos CFA en la lucha contra covid-19. Considerando que la diáspora senegalesa juega un factor determinante en la economía local al ser los que envían remesas para ayudar a sus familias y debido a los planes de confinamientos en la mayoría de los países; la mayoría viven en situaciones difíciles en sus comunidades de acogida, para compensar los meses de paro que estaban sufriendo, la administración repartió 12 mil millones de CFA a los demandantes en la diáspora. Senegal fue el único país africano que impulsó semejante medida.

A pesar de todas estas medidas, a nivel local, la pandemia seguía generando más casos de pobreza, sobre todo en aquellas familias más vulnerables. Las ayudas ofrecidas por el gobierno no eran suficientes para atender toda la demanda. Esto produjo una situación de crisis económica. Cabe recordar que, antes de la pandemia el país tenía un crecimiento económico que ronda los 6,2% del PIB⁵, gracias al sector servicios. El paro juvenil era una realidad de muchos años, pero la situación dificultó más el acceso al empleo. De ahí ante la ausencia de salidas y perspectivas, volvieron a retomar el camino de la migración irregular. En plena pandemia, murieron en las costas senegalesas cerca de cuatrocientos jóvenes (incluido un menor de catorce años) que intentaban llegar a las fronteras europeas⁶.

En medio de este contexto de duelo nacional, pobreza y corrupción de parte de los dirigentes, el presidente manifestó una indiferencia. Más, siguiendo sus cálculos políticos que venía realizando desde hace años para descartar a los opositores por medio de la utilización de la Justicia; cuando el opositor Ousmane Sonko fue acusado de violar a una mujer, la mayoría de la población hablaron de conspiración contra él, dado que representa la oposición más radical en contra del régimen. Años atrás, el régimen había utilizado la misma metodología -la Justicia- para eliminar a Karim Wade y Khalifa Sall, y así impedir su participación en las elecciones de 2019. De ahí sumando el desencanto popular por las medidas tomadas durante la pandemia, la pobreza que asfixiaba y la adopción de un Proyecto de Ley que había hecho el presidente para consolidar su poder; muchos pensando que quiere eliminar al opositor Sonko para que no participe en la próximas elecciones presidenciales (2024), la población juvenil salió a las calles destruyendo los símbolos del Estado y todas las marcas francesas; cabe decir que, actualmente, a través del continente, sobre todo en los países de habla francófona, se está notando un sentimiento antifrancés.

De ahí durante tres días, los jóvenes protestaron a nivel nacional. Ante la dureza de las protestas, la pérdida de vida de unos trece jóvenes y las marcas comerciales francesas, el presidente Macky Sall se vio obligado a ofrecer una declaración pública el día 8 de marzo de 2021. Antes ante realidad, el gobierno se vio obligado de terminar con el estado de alarma y las medidas de confinamiento. También el opositor Ousmane Sonko fue concedido una libertad provisional mientras se espera por el juicio.

Fuera de este contexto sociopolítico, el país contabiliza cerca de 52,096 contagios, 43,311 curados y 1,226 fallecidos⁷(OMS, 2021). A pesar de tener un sistema sanitario muy avanzado en comparación con la mayoría de los países en la región, el país sigue sin disponer de las infraestructuras sanitarias a nivel nacional y el acceso es costoso. En las regiones recónditas, las poblaciones rurales pueden pasar años sin visitar a un médico. Los que más sufren estas lagunas son las mujeres embarazadas que tienden a caminar durante horas antes de poder ser atendidas. Mientras que la población sufre el

⁵ <https://www.banquemondiale.org/fr/country/senegal/overview>

⁶ <https://www.infomigrants.net/fr/post/28517/deuil-virtuel-au-senegal-pour-rendre-hommage-aux-disparus-en-mer>

⁷ Datos de la OMS (inicio de la pandemia hasta el día 18/07/2021).

desequilibrio en la repartición de los recursos y el acceso a los servicios básicos, la clase gobernante se reparte los bienes de la sociedad. Esta realidad es lo que alimenta el desencanto y la violencia, sobre todo entre los jóvenes. La pandemia solamente ha venido para agravar los problemas que ya estaban allí durante décadas. Es peor todavía, cuando el presidente, buscando reafirmar su cota de popularidad tras los eventos de marzo, decidió organizar reuniones políticas a través del país cuando una de las medidas recomendadas contra la covid-19 es evitando las grandes manifestaciones. La persona que debía de encarnar el ejemplo a seguir para derrotar la pandemia, más si todavía el país no ha conseguido vacunar a toda su población, fue quien violó las normas. De ahí en la actualidad crecen los casos de contagios por la variante Delta. Además de la irresponsabilidad política, se suma el hecho de la porosidad de las fronteras que dificulta el control de los movimientos. Por todo ello, Senegal -al igual que algunos países africanos- puede tardar muchos años en derrotar la pandemia.

En conclusión, creo que no necesitamos a medidas policiacas para terminar con la pandemia, más bien ofrecer los mecanismos adecuados al sector sanitario, concienciar sobre la existencia del virus (muchos en el continente siguen negando su existencia) y priorizar las urgencias. Una población sana es más importante que gastando recursos en armamentos. Una población hambrienta puede tornarse en factor de violencia. La covid-19 ha venido para enseñarnos -tanto africanos como no africanos- que debemos repensar nuestro mundo. Para el mundo occidental, los dirigentes han de saber que la “arrogancia” no lleva a nada, más bien necesitamos ofrecer una plataforma para el diálogo y el cese de la imposición de una “verdad” que en sí es una falacia.

África, derechos humanos y COVID-19: una visión panorámica

Juan Bautista Cartes Rodríguez⁸.

La pandemia generada por la COVID-19 no solo ha permeado al plano sanitario, sino, también, al plano social, político, económico, axiológico, y como no, ha impactado de lleno en los derechos humanos. Existe práctica unanimidad entre las distintas ONG que han analizado esta última materia –entre ellas, Amnistía Internacional y Human Rights Watch– en el hecho de que la COVID-19 se ha traducido en el continente africano en un retroceso considerable y en una restricción acuciante de derechos humanos en muy distintos ámbitos.

Quizás el más significativo e inequívoco de entre ellos sea el de la libertad de expresión, concretamente, contra los periodistas y medios de comunicación que han elevado críticas a propósito de la gestión de la pandemia; más aún dada la importancia de la información veraz e imparcial para combatir y prevenir la COVID-19. Un ejemplo lo encontramos en Madagascar, donde la directora del periódico Ny Valosoa fue arrestada y encarcelada por la publicación de un artículo donde se ponía en duda la actuación gubernamental para luchar contra la enfermedad. Similar proceder apreciamos en Zimbabue, Angola o Mozambique con intimidaciones e injerencias en la labor de distintos periodistas que informaban sobre el cuestionado impacto de las medidas adoptadas.

Asimismo, no podemos dejar de advertir que la COVID-19 ha amentado considerablemente las desigualdades estructurales preexistentes, incidiendo en mayor medida en los grupos más vulnerables como son los menores, mujeres, refugiados, migrantes y desplazados internos. Respecto de los menores destaca el impacto de la educación no recibida, y comparten con las mujeres el aumento del riesgo de violencia sexual –incluida la intrafamiliar– y de género derivada de los confinamientos.

A propósito de los refugiados, migrantes y desplazados internos, el cierre de frontera ha mermado sus ya delicadas condiciones de vida. Especialmente significativo ha sido el caso de Uganda –uno de los países africanos que cada año acoge a un mayor número de personas refugiadas del continente–, pero que, debido al cierre de sus fronteras como medida anticovid, se imposibilitó que aquellos que huían de los conflictos de las vecinas República Democrática del Congo y Sudán del Sur acudieran a tal país. Por su parte, no podemos olvidarnos de las personas con albinismo y aquellas pertenecientes a minorías sexuales y de género quienes han seguido padeciendo, no solo actuaciones discriminatorias, sino también ataques y persecuciones violentas.

⁸ Doctorando y Profesor de la Universidad Complutense de Madrid en el área de Derecho internacional, Junior Research Fellow at the Euro-Mediterranean University Institute, Coordinador Adjunto de la ETP “Oriente Medio” de Amnistía Internacional España.

En lo que respecta a los derechos económicos, sociales, culturales y medioambientales (DESCA), el 28 de febrero de 2020 fue identificado el primer caso de COVID-19 en el continente africano, desde entonces ha quedado de manifiesto las importantes limitaciones de material médico, equipos de protección individual, unidades de cuidados intensivos, respiradores, pruebas de detección y, actualmente, vacunas; debiéndose incidir, a este último respecto, en el alcance de la suspensión de las patentes, dada la importancia de alcanzar una inmunidad de grupo a nivel global. Asimismo, la COVID-19, además de los decesos y secuelas causadas directamente, ha desencadenado en el continente una importante crisis económica, que, a su vez, ha ahondado en preexistentes situaciones de inseguridad alimentaria; todo ello exacerbado por las cada vez más manifiestas consecuencias del cambio climático –sequías, erosión, plagas e inundaciones– que han estado especialmente presentes en África.

Y mientras lo expuesto acaecía, los conflictos armados y la inestabilidad política en el continente no han dado visos de merma. Así, continuaron las hostilidades en países como Somalia, República Centroafricana, Mozambique, Burkina Faso, Nigeria, Mali o Camerún; mientras que se intensificaron en otros como Etiopía. Del mismo modo, aprovechando la pandemia, distintas filiales de grupos yihadistas como Al Qaeda o Daesh se han fortalecido en distintas regiones del continente, especialmente en zonas del Sahel; lo cual se ha visto acompañado por golpes de Estado (Malí) o incluso asesinatos de Presidentes de Gobierno (Chad).

No obstante, también encontramos distintos datos positivos, entre ellos, la significativa disminución del número de ejecuciones y condenas a muerte en el África Subsahariana –si bien encontramos un fuerte incremento en Egipto y Libia–; destacándose asimismo que Chad procedió a abolir la pena de muerte de su ordenamiento jurídico. Igualmente, a propósito de la lucha contra la discriminación por género y en la protección jurídica de las mujeres vemos avances significativos, como la expresa prohibición de la mutilación genital femenina en el derecho penal sudanés o la primera condena por violación intra-matrimonial en Suazilandia.

También apreciamos como dato positivo, la continuidad de la labor, a pesar de las dificultades derivadas de la pandemia, de los distintos organismos internacionales, haciendo valer los derechos humanos y haciendo rendir cuentas por las violaciones de Derecho internacional humanitario, ya sea a nivel universal –Organismos y Comités de Naciones Unidas y Corte Penal Internacional (CPI)–, ya sea a nivel regional –Tribunal y Comisión Africana de Derechos Humanos y de los Pueblos y Comisión Africana de Expertos sobre los Derechos y Bienestar del Niño–.

En concreto, en el supuesto de la CPI hubo avances destacados, como la entrega voluntaria del sudanés Ali Kushayb acusado de crímenes de guerra y lesa humanidad en Darfur; el inicio del juicio contra Al Hassan, acusado, igualmente, de crímenes de guerra y contra la humanidad llevados a cabo en Mali; o la solicitud de la Fiscal General –y africana– Fatou Bensouda de abrir una investigación formal en Nigeria por los crímenes cometidos por Boko Haram.

Ante los retazos expuesto, si para el presente periodo pandémico, catalizador de patrones ya preexistentes, tenemos sombras –y algunas luces–, no debemos olvidar que, para salir del mismo, debemos aplicar la máxima de que la protección de los derechos humanos es condición sine qua non para un adecuado desarrollo económico, social y cultural; y que dicho desarrollo, a su vez, no hace sino fortalecer la protección de los derechos humanos. Este círculo (virtuoso) es la única receta para que África salga adelante.